

III

D. ALBERTO RODRÍGUEZ DE LISTA

Conferencia, ilustrada con documentos y cartas inéditas, acerca de su vida y de sus obras. Sevilla, 1912.

No ha sido, ciertamente, por falta de tiempo, como nos ha asegurado, sino por sobra de modestia y delicadeza, por lo que nuestro ilustre compañero, el Sr. Duque de T'Serclaes, se ha resistido á decir algo acerca de este trabajo, y por lo que, al fin, ha recaído esta comisión en mí.

Nuestro Correspondiente en Sevilla, D. Manuel Chaves, individuo de número de aquella Real Academia de Buenas Letras y cronista oficial de la gran ciudad andaluza, al publicar su interesante folleto, se creyó en el caso de dedicarlo á nuestro compañero, y en esta ocasión su generoso Mecenaz, en cuya rica biblioteca é inagotables colecciones hubo de encontrar materia abundantísima para ampliar y comentar las noticias que aquella Conferencia contenía, y todo cuanto escribieran los que anteriormente habían estudiado y tratado de Lista. Las frases expresivas, merecidas, de esta dedicatoria, son de fijo las que han movido al Duque á declinar aquel encargo y á no hacer un informe que pudiera parecer obligada devolución de aquel obsequio.

Porque el trabajo del Sr. Chaves es digno de alabanza y de aprobación, que yo si que no tengo motivo alguno para dejar de reconocer y de consignar aquí, ya que el Sr. Director me lo encomienda, siquiera sea con la mucha brevedad que va á oír la Academia, y á que me fuerza contra mi gusto, la abrumadora labor, no para aplazada ni detenida, que pesa sobre mí en estos momentos.

Una de las primeras y más relevantes figuras, de las más gloriosas, y hasta de las más simpáticas de nuestra historia literaria contemporánea, ó del siglo XIX, si parece mejor, es, sin disputa, la de D. Alberto Lista, sabio eminente, sacerdote ejemplar, poe-

ta inspiradísimo, pensador profundo, acertado crítico, incomparable maestro, honor de nuestro Cuerpo y de la Real Academia Española, en todos los tonos con entera razón por los de su tiempo y por los posteriores celebrado. Lo que él representó en la marcha de la cultura nacional, lo sabéis de sobra vosotros, para que yo me detenga en recordarlo: el autor de tantas composiciones importantes, el escritor infatigable, el que formó para las letras á Espronceda y á D. Antonio Cavanilles, á Escosura y Ochoa, á Ventura de la Vega y á D. Juan Bautista Alonso, á Larra y Usoz, á López-Pelegrín y á Pastor, á Pezuela y Roca de Fogores, merece un libro entero, porque de él puede decirse más que de todos: «Lista y su tiempo.» Objeto su vida de trabajos especiales, siempre limitados, de Fernández-Espino, de Ferrer del Río, de Pérez Anaya, todavía ha logrado el Sr. Chaves aportar con el suyo nuevos y preciados materiales á obra tan meritoria y necesaria, espigando con inteligente destreza en el vasto campo que la amistad del Duque de T'Serclaes le franqueara, como él mismo nos dice.

Así él lo sigue desde sus primeros años, pasados en la modesta casa del tejedor de Triana, hasta el instante mismo de su fastuoso entierro en la insigne Universidad de Sevilla, pasando por sus estudios eclesiásticos, teológicos y filosóficos, y por sus primeras tentativas en el campo de la literatura, por sus primeras enseñanzas de Matemáticas en el Real Colegio de San Telmo, por la fundación y publicación de *El Correo de Sevilla*, hasta llegar los momentos perturbados y difíciles de la invasión francesa, que lo vió primero cantor entusiasta de *La Victoria de Bailén*, entusiasta panegirista del Conde de Floridablanca, redactor de la *Gaceta del Gobierno* y de *El Espectador Sevillano*, después abrazado á la causa napoleónica, dedicando en mal hora sus cantos al Mariscal Soult, y hasta haciendo proclamas y arengas para el ejército extranjero, Director luego de la *Gaceta* de Sevilla, por fin, corta merced para hombre como él, favorecido por el Rey José con una media Ración en la Catedral hispalense. Cree el Sr. Chaves, y yo con él, aunque en mi españolismo tan extremado y puntilloso, en la perfecta buena fe con que Lista

pasó por este doloroso cambio y adoptó la nueva actitud, al par que Reinoso, Arjona y Maestre, y que otros varios hombres ilustres, cegados á lo que parece por la gloria que rodeaba el nombre de Bonaparte, admiradores de su empresa casi sobrehumana, ávidos quizás de una España diferente, que soñaban, poetas al cabo los más de ellos, que pudiera surgir á la sombra de la Francia conquistadora, y, acaso más que nada, desprovistos del todo, por su desgracia, de la fe que hay que poner siempre en la Patria, y bien lejanos sin duda de lo que esa Patria misma, que juzgaban rebajada, destruída y exánime, casi casi moribunda, habría de hacer en frente del dominador de toda Europa, que sólo en ella encontraría quien osara cerrarle el paso y oponerse decidida y sin miedo á su victoriosa carrera.

El Sr. Chaves sigue luego á Lista en la fuga y en el destierro, y lo presenta en tierra extraña, errante y pronto desengañado, ya conocedor de lo que era en realidad el galo poderoso, presuntuoso y versátil, sometido él mismo sin protesta en 1814, como no lo había sido el español, por él desconocido, en los días aciagos de 1808. Lo acompaña á su vuelta á la Patria en 1817, en Pamplona y en Bilbao, hasta que se fijó en Madrid, después de triunfante el partido liberal en 1820, y fundó aquí el célebre Colegio de San Mateo, para cuyos alumnos, de quienes era padre más que maestro, imprimió la *Colección de trozos escogidos* y el *Tratado de Matemáticas puras y mixtas*, y el que, cuando pasaron los llamados tres años, según la frase célebre, fué cerrado, y su Director nuevamente lanzado á las amarguras y tristezas de la emigración. Sigue sus pasos en Bayona de Francia, al frente de la *Gaceta* de esta ciudad, torna con él á España en 1827, da cuenta de su estancia en San Sebastián, de su marcha á París, de su venida á esta Corte para dirigir la *Gaceta oficial*, en cuya redacción tuvo, dando los pasos primeros, á Hartzenbusch, Nocedal, Salvá, Ochoa, Pérez Anaya, D. Francisco de Paula Madrazo, Navarrete y algunos otros; lo presenta ocupando con aplauso la cátedra del Ateneo de Madrid en 1836, explicando Matemáticas superiores en la Universidad Central, instalando en Cádiz, y dirigiendo, el Colegio no menos célebre de San Felipe de Neri,

presidiendo después en Sevilla, su patria, la Academia de Buenas Letras, explicando en su Universidad las *Matemáticas sublimes*, siendo, al fin, en su Santa Iglesia, Canónigo, y acabando en este cargo, bien por bajo de sus altos merecimientos, no mucho más tarde su larga y gloriosa vida, adorado de la nueva generación literaria, que representaban, con los atrás nombrados, Amador de los Ríos, Fernández-Espino, Rodríguez Zapata, García-Tassara, Valdelomar, Justiniano y tantos y tantos otros.

¿No es verdad que escribir la vida entera de D. Alberto Lista, que abarca los últimos años del reinado de Carlos IV, la guerra de la Independencia, el reinado entero de Fernando VII, la primera mitad del de Doña Isabel II, sería hacer la historia literaria de España hasta mediados del siglo XIX? ¿No es todo esto empresa tentadora para quien sienta de verdad el amor de las letras y tenga medios y tiempo de realizarla? Por las agitadas azarosas épocas que él alcanzó, por sus relaciones con las primeras personalidades de aquellos revueltos días de nuestra Historia, por sus tan diferentes obras de todo linaje, por su influencia indiscutible, acaso la primera, sobre las letras españolas y los grandes literatos sus contemporáneos, la vida de este hombre insigne merecería de justicia que se la escribiese con el título antedicho, en este caso justísimo: «Lista y su tiempo».

Sólo en poder del Duque de T'Serclaes, abierto á los doctos y á los estudiosos, como todos los tesoros de que es dueño desprendido y liberal, hay un depósito de cartas de Lista que habrían de ser inapreciables para esta magna obra: ya el Sr. Chaves nos indica que, reunidas en un solo haz, hay hasta 70 cartas inéditas, dirigidas por el poeta-sacerdote á Sor María de los Dolores de San Nicolás, Religiosa en el Convento de la Concepción de Sevilla, junto á la Iglesia de San Juan de la Palma, que había sido su hija espiritual, y á la que profesó todo el afecto que esa correspondencia revela. Ahí está, en unas y otras cartas, el verdadero, auténtico y definitivo Lista, que había hecho pensar á nuestro Menéndez y Pelayo, cuando las conoció, en este trabajo acerca del maestro que yo ahora indico, donde su nobilísima figura resaltara sin la menor sombra, en toda la grandeza de su inte-

ligencia, de su trabajo, de su virtud y de su piedad. Yo también he tenido ocasión de deleitarme en la lectura de esas cartas admirables, que no son más que una parte mínima de las que, como preciado tesoro, conserva de Lista el Duque de T'Serclaes.

Si alguien, más pronto ó más tarde, emprendiera esta simpática tarea, la de escribir el libro que D. Alberto Lista merece, motivo sería de júbilo para los amantes de la literatura, que todavía, á pesar de todo, son muchos y buenos en España. ¿Por qué no había de tentar esto al Sr. Chaves, de cuya indiscutible discreción y singulares aptitudes hay ya tantas muestras? Sólo que si nuestro distinguido Correspondiente se decidiese alguna vez á poner mano en esta empresa, para lo cual me parece á mí que reúne las condiciones que son del caso, y algún día el esbozo que ahora ha intentado felizmente se convirtiese en un cuadro acabado, como él podría hacerlo, á mi entender, yo me permito formular, desde luego, una amistosa observación, que espero no habrá de tomar á mal yendo de mí. Su nuevo libro no habría de llamarse con el título que ha puesto al presente folleto: «D. Alberto Rodríguez de Lista», sino simple y sencillamente con el nombre verdadero de su héroe: «D. Alberto Lista». Así se llamó, así se firmó, así escribió y así enseñó: Lista, y nada más que Lista. Al Sr. Chaves, para llamarlo invariablemente Rodríguez de Lista, le ha bastado que su padre, el tejedor gallego de Sevilla, esté llamado en la partida de bautismo del gran poeta Francisco Rodríguez de Lista. Pero en las familias modestas y humildes, como en las altas y poderosas razas, el patronímico, no yendo solo, no llegaba á ser apellido, sino complemento de tal: así este propio Francisco, á su vez, fué bautizado—el Señor Chaves inserta en su folleto la partida correspondiente—como hijo de un Hermenegildo de Lista, sin ningún otro aditamento. Él, que sabía de estas cosas como de todas, prescindió del patronímico y se atuvo al apellido, y sólo se llamó Lista. Bien están, pues, las calles de Sevilla y de Madrid llamándose calles de Lista, que el sublime cantor de *La Muerte de Jesús*, el émulo de Fray Luis y de Rioja, el poeta inspirado de *La vida humana* y de *La Tarde*, el místico autor de los *Cantos de los Esposos*, el

maestro de los maestros de las letras, fué sólo Lista, es y será siempre Lista, esté como estuviere llamado en los libros bautismales de su Parroquia de Triana. El folleto del Sr. Chaves está encabezado con el retrato del eximio andaluz y sevillano, que al pie lleva el facsímile de su firma: Alberto Lista. ¿Quién va á saber, mejor que él lo sabía, cómo se llamaba?

Hay ahora quien, hablando de Cervantes, aplicando al siglo xvi los usos y costumbres del siglo xx, lo llama tranquilamente «Don Miguel de Cervantes y Cortinas», porque su madre fuera Doña Leonor de Cortinas, sin parar mientes en que él, acomodándose á los de su época, manteniendo los dos apellidos paternos, se llamó siempre Miguel de Cervantes Saavedra, claro es que sin el Don con que más se le desfigura que se le enaltece. Nuestro gran Quevedo, como hijo de Pedro Gómez de Quevedo y de Doña María de Santibáñez, sería, según ese criterio, D. Francisco Gómez de Quevedo y Santibáñez, y no, como él se dijo, D. Francisco de Quevedo Villegas, éste sí que con el Don, en aquellos siglos significativo de algo todavía.

De todos modos, y hecho al Sr. Chaves este ligerísimo reparo, que va con mucha gente, empeñada en que todas las cosas hayan sido siempre como son ahora, el folleto de que se trata es muy interesante y digno de encomio, las 41 notas con que se completa lo realzan sobremanera, y con sólo las 17 cartas que reproduce, todas de Licio á Fileno (de Lista á Reynoso), y hasta ahora inéditas, ha prestado el Sr. Chaves un excelente servicio á nuestras letras. Su trabajo merece, pues, elogios que no he de escatimarle yo, y espero que en su alta competencia no querrá regatear la Academia á su laborioso y erudito Correspondiente sevillano.

Ella, sin embargo, resolverá en último término lo más acertado.

F. FERNÁNDEZ DE BÉTHENCOURT.

Madrid, 21 de Noviembre de 1913.
